

## **JUANA, LA LOCA Y SARA BARAS: HISTORIA DE UNA PASIÓN**

Laura Borràs Castanyer  
*Universitat Oberta de Catalunya*

“Soy guapa”. Con esta contundencia comenzaba un artículo Nancy Huston la primavera del año 1996 con el que desató una polémica considerable a propósito de las “cartas” que se reciben al nacer de resultas del caprichoso juego de dados genético. Huston hablaba sin tapujos de cómo ella utilizaba sus “armas de mujer” y unas líneas más abajo “remataba la faena” con rotundidad al afirmar expeditivamente: “soy inteligente”. Pues bien, las protagonistas de esta sesión: Sara Baras, de un lado, y Juana la Loca, de otro, podrían estar en condiciones de pronunciar estas mismas palabras, además de darse el hecho que, en sus respectivas “historias”, ambas captan nuestra atención desde el inicio y son capaces de conducirnos con fuerza hasta el impactante desenlace final. Así pues, guapas, inteligentes y... cabría añadir, esta vez no en tono afirmativo sino de interrogación, y ¿locas, también?

De Sara conozco su locura confesa: el baile, el flamenco, el arte. De Juana, tendríamos que reflexionar mucho sobre eso que se ha dado en identificar como locura. Precisamente porque mi tesis doctoral versó sobre el tema de la locura —aunque inmediatamente deba precisar que en ella planteaba una reflexión sobre la locura en la Edad Media, centrada en particular en el terreno literario y artístico y, por tanto, de ficción— estoy acostumbrada a vérmelas con problemas de definición de conceptos. Mi interés en aquel momento radicaba fundamentalmente en descubrir como la locura medieval es, al mismo tiempo, enfermedad, oficio y pecado; como los discursos médico, literario, teológico y artístico se colorean de



diferentes consideraciones que permiten constatar como, para los hombres de la Edad Media, el loco es, a la vez, un profesional, un ser dominado por fuerzas superiores, ya sean divinas o diabólicas, y un anormal, a medio camino entre el hombre y la bestia salvaje. Pero no dejaba de ser chocante que tanta variedad, tanta diferencia quedaran reducidas desde el punto de vista lingüístico a un único concepto: "locura".

Simplificar es siempre más fácil, más "útil", más práctico, menos difícil pero también sin duda, más empobrecedor. Llamarle "loco" o "loca" a alguien parece que nos realimenta en un lugar seguro, el de la cordura, sin darnos a pensar en base a qué somos capaces de "etiquetar" al otro, a quien es distinto a mí, sin darnos a comprender cuál es su razón, cuál puede ser su diferencia, eso que yo no comprendo, que probablemente tampoco comparto y por eso prefiero llamar "locura".

Esta puede haber sido la realidad de Juana la loca. La verdad es que la historia "oficial" no ha sido muy condescendiente con Juana, la hija de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos. Su sobrenombre de "La Loca" nos demuestra que no ha tenido muy buena prensa. Su historia personal, en cambio, nos habla de una mujer atractiva para quien sus padres tenían un objetivo político que debía conseguirse por vía matrimonial. Así, cuando cumplió 16 años fue concertada su boda con el archiduque Felipe de Austria, hijo de Maximiliano I y María de Borgoña, conocido por el sobrenombre de El Hermoso. El enlace entraba dentro de la política exterior de los Reyes Católicos, que tenía como fin cercar al enemigo reino de Francia, para lo cual también casaron a su heredero, el príncipe Juan, con la hermana de Felipe, Margarita de Austria. Y, sin embargo, pese a que desde tan temprana edad todo estuviese decidido de antemano en su vida, nadie podía imaginar que la niña Juana acabaría perdiéndamente en la morada de quien sus padres habían decidido que tenía que ser su esposo. No contento con eso, el destino todavía le tenía preparada otra "sorpresa": su amor fue correspondido. ¿Cuántas veces suele eso ocurrir? ¿A cuántos reyes y reinas de la historia a quienes les ha sido impuesto el matrimonio contra otra persona el destino les ha permitido vivir una historia de amor real, en el sentido más literal del término? Por lo pronto lo que se puede oír por entre las realidades que conocemos más de cerca es que "la reina es una gran profesional" y poco más.

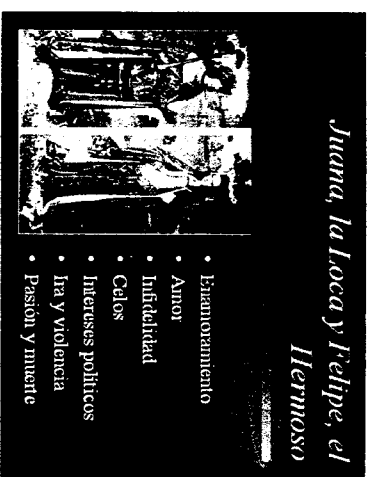
Pero en el caso de Juana, parecía como si los hados le hubieran tejido un camino paralelo al que la política internacional del momento le tenía reservada, con o sin su voluntad. Y es que la boda hubo de celebrarse (en Lille el 21 de agosto de 1496) prematuramente ya que parece que ambos conyuges sintieron una mutua atracción, deseados de consumar el matrimonio cuanto antes. Pese a la aparente generosidad de la fortuna, que con ese amor "natural" reparaba lo que sus padres y suegros habían construido artificialmente para ella y su marido, el matrimonio no cambió la actitud conquistadora de Felipe, quien nunca renunció a mantener relaciones sexuales con las damas de la corte. Una actitud que Juana no

estaba dispuesta a permitir. Por eso pronto aparecieron los celos y los enfrentamientos entre los esposos que habrían de marcar indeliblemente el carácter y la conducta de Juana, hasta el punto de convertirse —con hábiles maniobras y manipulaciones políticas y afectivas mediante— en Juana, la loca.

A pesar de esta desagradable situación, Juana y Felipe tuvieron seis hijos entre 1496 y 1506, el último de ellos —una hija, Catalina—, positivamente. Su historia en común fue, sin duda, la historia de una relación marcada por la pasión y la intensidad. Una pasión amorosa tremenda, mente intensa de celos, posesión, rivalidad en el poder, violencia, ira y muerte. Una historia que no terminó con la muerte de Felipe —una muerte ridícula: después de haber estado practicando deporte, jugando a la pelota, pidió agua helada, se la bebió para saciar su sed y a la mañana siguiente enfermó con fiebre muy alta hasta que le sobrevino la muerte pocos días—, sino que se prolongó hasta que su cuerpo recibió sepultura tres años después; una sepultura —dicho sea de paso— que tampoco había de ser la definitiva, que se produjo, tal y como él había deseado y así lo hizo constar en su testamento, en Granada, pasados cerca de diez años de su muerte.

Y digo que su historia de amor no terminó con su muerte porque Juana se hizo el propósito de complacer a su esposo incluso después de muerto, por lo que no cejó en su intento de darle sepultura en Granada y trasladarle desde Burgos, donde se produjo el fallecimiento. La historia de los tres años del peregrinaje de este cortejo fúnebre también tiene muchas pinceladas de leyenda —lo cual ha sido alimento para la imaginación de muchos pintores del siglo XIX como Pradilla, por ejemplo—.

En cualquier caso los obstáculos que encontró la Reina y que se justificaron por una "enfermedad mental" —convencionalmente "identificada", "documentada" y "relatada" por quienes escribían al servicio y en justificación de aquellos que le arrebataron la Corona y el Reino— obedecen a oscuras maniobras políticas que pretendían enajenarla para que su padre obtuviera la



regencia de Castilla. De ahí que se dijera que, celosa de la mirada de las mujeres, recorriera España de convento en convento, de frailes, no de monjas. O bien que el cortejo fúnebre se desplazara de noche de un lugar a otro porque: "No le sienta bien a una viuda andar por los caminos a la luz del día, pues la gente no ha de verla. Una mujer honesta, después de haber perdido a su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día" (se dice que éstas fueron sus palabras).



Sea como fuere, la historia de la locura de Juana tiene un componente amoroso y pasional fortísimo, eso es cierto, y nadie dice que el amor no pueda convertirse en locura, antes bien puede ser una de sus causas, acuciado por los celos, la inseguridad y la impotencia que la infidelidad puede conllevar; pero también tiene un componente de leyenda sabiamente manipulada y alimentada por intereses políticos que la querían convertir en una marioneta en manos de su padre, su marido, su confesor y su hijo.

Pocas reinas han perdurado en la memoria colectiva, gracias a su fatal destino, como Juana I de Castilla. Su vida y su tragedia despiertan interés y conmueven aún en el siglo XXI por haber protagonizado una de las historias de amor más trágicas de la realeza. Por ello la bella Juana, la loca de amor, segura, la loca así a secas, tal vez, pero inteligente sin duda a juzgar por la mayoría de sus decisiones, políticas y personales, ha sido objeto de numerosas creaciones y recreaciones artísticas. Hoy nos ocupa la que personifica Sara Barras, nuestra invitada, también bella, también inteligente y no sé si "loca" ya después de mezclarse en la piel del personaje con tanta fuerza y desde hace ya tanto tiempo (el espectáculo se estrenó en Sevilla, en el año 2000). Eso es ella quien tiene que decirlo. Yo me limitaré a tratar de traducir en palabras la impresión que su actuación me produjo –aunque sólo haya tenido ocasión de ver el espectáculo en vídeo y no en directo, en un teatro–.

Siendo profana como soy en el mundo del flamenco, en un primer momento pensé que no alcanzaría a comprender tan particular reseratura del tema. De pronto, no obstante, me vino a la mente el modo de actuación que tuve que desarrollar mientras hacía la tesis para familiarizarme con un contexto cultural tan ajeno, tan distante para nuestro mundo como es la Edad Media. Y del mismo modo que entonces, habiendo constatado que la locura tenía múltiples caras, comprendí que era difícil hacerse una idea global del fenómeno y fue en este punto que decidí recurrir a las imágenes. De igual manera he actuado en esta ocasión respecto al flamenco y al espectáculo de Sara, *Juana, la loca. Vivir por amor*.

El baile transfiriere el contenido de las palabras al lenguaje de la imagen de la fuerza, del color –por ausencia o presencia del mismo–. Cubre un trayecto de ida y vuelta entre la palabra y la figura que la representa iconográficamente, que la materializa en escena. El baile de Sara Barras transforma el lenguaje y lo traduce a una imagen visual. La imagen, imagen en movimiento, el baile, la fuerza desgranadora de algunas escenas se me aparecen como un elemento determinante a la hora de establecer la diversidad que lleva implícita el término "locura" en la Edad Media y en nuestros días.

La belleza turbadora de algunas escenas de *Juana la loca* se apoya en la capacidad vampírica de Sara que al tiempo que baila, interpreta. También, naturalmente, en un poder sinérgico que le otorga una fuerza evocadora muy especial. El lenguaje corporal, escénico y musical del montaje en algunos momentos consigue llegar a crearos la sensación de situarnos al margen del tiempo. Pero entonces aparece la figura de Juana, que atraviesa el espacio como si un cuchillo lo rasgara y una aguja lo costera de nuevo. Con un movimiento pendular, oscilando entre el erotismo de algunas escenas en las que sólo caben dos y uno casi tiene la sensación que debería desviar la mirada, y la profunda tristeza del final, el arte de Sara Barras primero nos sacude por completo con su fuerza y su vitalidad, su alegría desbordante y, luego, en sentido inverso, nos instala en el lado más oscuro del dolor. Al contemplar la escena final, la muerte de Felipe en brazos de una Juana embarazadísima, contemplamos los ecos visuales de aquel cuerpo, de aquella cara, de aquellas manos que han escrito a gritos su amor y derrochado su fuerza hasta el último suspiro. Ecos de una locura, tal vez, pero de una locura tremendamente bella.

